CORAZÓN DE GUERRERO

—El Camino de los Miedos—



Gonzalo Cajaraville

CAPÍTULO II

— La valentía —

6

Eros cabalgaba su yegua a través del camino real en dirección norte. La ventisca de las primeras horas de la mañana le rozaba el cuerpo y helaba su armadura. El aroma a hierba húmeda se esparcía en el aire e invadía de paz el pecho del joven en cada respiración. La bella senda desnudaba su esplendor a medida que la luz del día ganaba presencia, donde los rayos solares apenas se colaban entre las florecidas ramas de los árboles emperatriz.

El día del reto final había llegado, el momento más ansiado en la vida de Eros, quien siempre había soñado con ingresar a la guardia real. En vísperas de esa gran oportunidad, debía afrontar la primera prueba, la misma que pondría en juego su valentía, uno de los tres atributos esenciales de todo guerrero.

El galope de Agatha conservaba un ritmo plácido y continuo le resultaba relajante. Estaba tratando de alcanzar serenidad a partir del escenario encantador que lo rodeaba, ya que se estremecía al pensar en la trascendencia de lo que estaba a punto de acontecer. Distintas sensaciones se entrelazaban en sus pensamientos: la importancia de superar la primera prueba, el recuerdo de su padre y la propia muerte. Al tratarse de una misión verdaderamente arriesgada, ese día podía acabar con un final glorioso o trágico.

Al llegar al final del camino real, se encontró con la rotonda principal, en donde dos rutas se abrían paso. A su derecha, el Camino del Lago. Eros retuvo la mirada en esa senda un instante, y la figura de Elena voló a su mente, como un recordatorio de los encuentros a escondidas que habían compartido a orillas del lago. A su izquierda, el inicio del Camino de los Miedos, una ruta jamás visitada por él. Inhaló profundo y enfiló en esa dirección.

Durante medio kilómetro Camino de los Miedosobservó esa vía desolada, a ambos lados se extendía la estepa, solitaria y profunda. Al frente, sobre el horizonte, se alzaba un muro de árboles, una barrera natural que resultaba imponente por su espesura. Por primera vez, el joven se encontraba frente al mítico Bosque Encantado.

Antes de que la ruta se internara dentro del bosque, se establecía la fortificación de un puesto de vigía, y, a su lado, un refugio para recibir a los reclutas recientemente montado por la guardia real.

Eros arribó al reducto y fue recibido por Sigurd y uno de sus colaboradores, quien tomó a su yegua y la llevó hasta un palenque donde estaban amarrados los caballos de los demás aprendices. Los reclutas estaban comiendo y bebiendo debajo de un extenso gazebo, disfrutando del agasajo que la guardia real les había ofrecido. El clima era distendido mientras esperaban la llegada del resto de los aspirantes para comenzar con la prueba.

Los minutos seguían corriendo y los presentes completaban menos de la cuarta parte de la unidad de aprendizaje. Decepcionado por la baja convocatoria, Sigurd no quiso esperar más y dio inicio a la jornada.

—Aspirantes, daremos comienzo a la primera prueba. Lamento que tan sólo se hayan presentado nueve reclutas del cuerpo de aprendices —manifestó con fastidio—. Aquellos que están ausentes tendrán una marca de por vida. Será una vergüenza para ellos quedar excluidos de la guardia real por una actitud tan cobarde —continuó, enfadado, e hizo una pausa para calmarse—. Pero prefiero destacar el coraje de estos nueve hombres que hoy asistieron a este desafío —dijo, y detuvo la mirada unos segundos en cada uno de los jóvenes.

—Hoy deberán superar la primera prueba del reto final, para ello será necesario que ingresen al Bosque Encantado y se dirijan hacia el búnker abandonado. Esta fortificación no es visitada desde hace cientos de años. Allí, antiguas generaciones de guerreros del Reinado del Sur se reunían para planificar las estrategias de defensa. Ese lugar es un templo, un homenaje a la valentía de nuestros guerreros caídos. Ustedes tendrán el privilegio de pisar ese suelo sagrado, lo que cambiará sus vidas para siempre.

»Una vez dentro, deberán dirigirse al salón principal donde, según los ancianos sabios, abundan estandartes del Reinado del Sur de todo tipo, grandes obras de arte, cuadros, escudos y banderas con insignias del reino, armaduras y espadas utilizadas en las grandes batallas. Son reliquias de un valor incalculable para nuestro pueblo. Deberán tomar una pieza, sólo una, y traerla como evidencia de su visita. Les recomiendo que regresen antes del anochecer ya que, según las leyendas, la oscuridad despierta el mal que habita en ese lugar.

»No será una tarea sencilla. Sabemos del peligro al cual estarán expuestos, pero tenemos toda nuestra confianza depositada en ustedes. Deberán ser fuertes y superar cualquier adversidad. Recuerden que sólo deben temer al fracaso, nada podrá detenerlos —concluyó su discurso con los ojos vidriosos, conmovido, algo que jamás había hecho frente a ellos. Inmediatamente cambió su expresión, no quería mostrar debilidad, y se dirigió hacía el puesto de vigía que se ubicaba a los pies del bosque. Los nueve aspirantes lo acompañaron en silencio.

El puesto era una torre muy rudimentaria, cuya base consistía en rocas encajadas y amarradas con sogas, y el resto de la estructura era de madera. Alcanzaba unos treinta metros de altura, donde había una plataforma que podía albergar a no más de quince hombres. Sigurd y los reclutas subieron hasta lo más alto y, desde allí, pudieron observar el bosque desde otra perspectiva. Su vista apenas llegaba poco más allá de las copas de las primeras hileras de árboles, luego la visibilidad se hacía cada vez más difícil, aunque daba una idea de la profundidad del bosque: era enorme e imponente. A lo lejos, se podía apreciar la cúpula semiesférica de una torre, mezclándose con el resto del paisaje. Aquella atalaya estaba construida sobre el búnker al que hacía referencia Sigurd, y se ubicaba en dirección sudoeste.

Los reclutas tomaron nota de su posición y distancia, implementando técnicas de orientación aprendidas durante la instrucción. Una vez con el objetivo más definido, estaban listos para emprender la travesía.

Sigurd propuso afrontar el desafío en parejas, y con un ingreso secuenciado por intervalos de tiempo. Seleccionó dos aspirantes arbitrariamente y les ordenó que descendieran de la torre y dieran inicio a la prueba. Se trataba de dos de los mejores reclutas, quienes se mostraban confiados y ansiosos por comenzar. Ambos obedecieron y abordaron el Camino de los Miedos en el sentido que se internaba en el bosque.

El resto del grupo se mantuvo expectante hasta que los jóvenes se adentraron en la maleza y se perdieron de vista. A continuación, Sigurd tomó un pequeño reloj de arena y lo volteó dejando correr el tiempo. Al cabo de algunos minutos, el último grano de arena cayó y la siguiente pareja de reclutas se lanzó a la aventura. El mismo procedimiento se repitió un par de veces más, hasta que Eros quedó solo. Era el único aspirante que permanecía en el puesto de vigía junto a Sigurd, quien, esta vez, no volvió a girar el reloj de arena.

—¿Olvidó voltear el reloj? —preguntó Eros, confundido, sabía que no había sido un descuido, algo que le resultaba extraño ya que el guerrero no cometería ese tipo de errores en algo tan importante.

—No hará falta esta vez, prefiero que tú no realices esta prueba. Ya demostraste tu valentía en el campo de aprendizaje.

—No entiendo, las reglas son para todos iguales. Es uno de los principios de la guardia real.

—¡Exacto! Si los demás reclutas hubieran mostrado tu rendimiento, seguramente tampoco deberían afrontar este desafío y tendrían el mismo beneficio. No es por favoritismo.

—Agradezco su consideración. Pero, insisto, no creo que sea justo para el resto de mis compañeros.

—Eros, tú eres muy valioso para la guardia real, tienes mucho potencial. No vamos a arriesgarte en una prueba como esta —le respondió Sigurd en tono contundente y con los dientes apretados

—Si no realizo esta prueba, no podré mirar a la cara a mis compañeros luego —replicó Eros, incómodo y algo nervioso.

—Te diré una cosa, lo diré una sola vez y deberá quedar entre nosotros —dijo, mientras comenzaba a descender de la torre. Una vez en el suelo continuó—. Yo no estoy de acuerdo con esta prueba, me parece demasiado arriesgada para guerreros inexpertos. Pero la decisión fue tomada por las autoridades de la guardia real. Yo tan sólo debo acatar órdenes —expresó, e hizo una pausa extensa, que le provocó un un nudo en el estómago a Eros. Luego, con un profundo suspiro, continuó—. No creo que volvamos a verlos con vida —concluyó sin más, y siguió caminando rumbo al campamento.

Eros abrió los ojos sorprendido, no podía creer lo que oía. Sentía cómo las manos le temblaban de furia, estaba decepcionado: se habían burlado de la esencia de la guardia real, del espíritu de camaradería y, por sobre todo eso, Sigurd no había tenido el valor suficiente para defender sus principios ni a sus aprendices.

—¡Sigurd! —gritó, y espero a que su superior se diera vuelta—. Yo no seré cómplice de esto. Mi deber es realizar esta prueba, estar con mis compañeros —exclamó con firmeza, y enfiló hacía el Camino de los Miedos sin darle tiempo a su superior para responder.

Sigurd sintió herido su orgullo. En otras circunstancias hubiera reaccionado ante semejante irreverencia, pero esta vez no lo hizo, sabía que el recluta tenía razón. Masticó su bronca, y corrió tras él para detenerlo.

—¡Eros!¡Detente, hablemos de esto! —gritó, y el joven detuvo su marcha, justo cuando se encontraba a un paso del ingreso al bosque, ya sobre el Camino de los Miedos.

Sigurd alcanzó su posición y ambos se quedaron un instante en silencio, observando hacia el interior. Aquella senda se internaba profundamente en la vegetación hasta esfumarse en la densa niebla que flotaba en el ambiente. El calor era más intenso, y una fuerte brisa hacía crujir las ramas de los árboles más débiles. Desde esa posición no se apreciaba el rastro de los reclutas ni de las criaturas descriptas en las leyendas, pero el aspecto de aquel sitio era escalofriante.

Ambos se miraron fijamente, Eros parecía estar recapacitando sobre su decisión de ingresar al bosque pero, antes de que alguno pronunciara palabra, sonido de disturbio a sus espaldas los sobresaltó, tras lo cual el muchacho oyó el trote inconfundible de Agatha. Volteó la vista nuevamente hacia el interior del bosque y observó como la yegua galopaba a toda velocidad por el Camino de los Miedos. Para cuando reaccionó, el animal ya se había perdido en la espesura. Corrió tras ella con desesperación, ignorando las palabras de Sigurd, quien no entendía la reacción del joven y le pedía que se detuviera. Pero ya era demasiado tarde. Sus gritos inútiles tan sólo eran un eco propagándose en las entrañas de aquel infierno.

7

Eros tuvo que aprender a ser fuerte desde pequeño, el destino lo había puesto a prueba en muchas oportunidades y le enseñó a levantarse de cada caída.. Cuando apenas era un niño, tuvo que sufrir la desaparición de su madre tras un ataque enemigo, y, en el último invierno, la muerte de su padre tras una dura enfermedad. No tenía más vínculos que la amistad con la princesa Elena y su amor por Agatha. El miedo a perder los pocos afectos que le quedaban era su mayor debilidad.

El joven marchaba a ciegas en el bosque buscando rastros de Agatha. Se mantuvo sin rumbo por varios minutos que le parecieron horas, sin encontrar el menor vestigio de su ubicación. Aún retenía el recuerdo del animal adentrándose en lo profundo del sendero, pero era imposible adivinar qué camino había seguido. Temía por la integridad de la yegua, incluso más que por la propia y le crispaba el estómago tan sólo pensar en lo que pudiera sucederle.

Transitaba el Camino de los Miedos, la única senda demarcada, ya que cualquier otra vía implicaría abrirse paso entre la maleza. No podía pensar con claridad, y ni siquiera había atendido su objetivo primordial, que era localizar el búnker. Su mente estaba estancada en la necesidad urgente de descubrir algún indicio acerca de su caballo.

Las frondosas copas de los árboles obstruían casi completamente el ingreso de la luz solar, y la humedad agobiante derivaba en una neblina constante. Tampoco se escuchaba el sonido de los pájaros, quienes, sabiamente, habrían abandonado aquel lugar maldito mucho tiempo atrás. La oscuridad en el bosque era implacable, allí el día parecía huir de la noche.

Abruptamente, el rugido de una bestia rompió el silencio hasta ese momento imperante, sorprendiéndolo. Jamás había escuchado un sonido semejante, estridente y amenazante como un trueno. Se quedó perplejo, y a los pocos segundos, oyó un grito de dolor, el clamor de un hombre herido. Salió de su estupor y trató de identificar el origen del ruido para auxiliar a esa persona lo más rápido posible. Aguzando sus sentidos, miró en todas direcciones hasta que distinguió una enorme sombra, espeluznante y difusa, que se perdía entre las ramas de los árboles. Por un instante, mantuvo la vista en esa dirección, y percibió un leve movimiento detrás de un arbusto ubicado a poca distancia. Corrió desesperado hacia esa posición, pero, al aproximarse, avanzó con mayor cautela. Rodeó la parte posterior del arbusto con pasos cortos y seguros, hasta dar con la fuente. Lamentablemente, se trataba de un compañero, ya sin vida. Llevaba la armadura propia de un recluta, pero no pudo reconocerlo, su rostro estaba destrozado, y de las heridas brotaba sangre como espuma. La criatura que enfrentó lo había matado brutalmente.

Al observar el cadáver, advirtió que su espada aún permanecía enfundada. La víctima no había intentado defenderse a pesar de tratarse de un ataque frontal, lo que resultaba extraño en un guerrero con instrucción. Eros se preguntaba la razón por la cual su compañero habría presentado tan poca resistencia, qué motivo lo habría dejado paralizado: si el propio temor a su agresor, o, tal vez, si habrían asomado sus miedos internos, tal como advirtió el viejo Harald.

Tomó la mano del joven fallecido y recitó una breve oración para que su alma pudiera descansar en paz en el Umbral de los Dioses. Una vez finalizó, retomó su camino, dejando atrás a su compañero, por quien ya no podía hacer nada más. Por primera vez, desde su ingreso al bosque, pensó en el reto final, y recordó que debía encontrar el búnker abandonado antes de que anocheciera.

Su esfuerzo por hallar a Agatha había sido en vano, a esta altura, ya no sabía ni por dónde continuar la búsqueda, por lo que prefirió enfocarse en cumplir la prueba. Poseía un gran sentido de la ubicación en función de la posición del sol o las estrellas, y, en su mente, aún retenía las referencias que había registrado en la torre de vigía. Continuó la marcha pero, esta vez, debió internarse por entre medio de la maleza. Atravesó la espesa vegetación abriendo paso con su espada y avanzó más de un kilómetro a puro esfuerzo, hasta que el cansancio lo obligó a hacer una breve pausa. Apoyó las manos en su cintura, intentando distender los músculos adoloridos, cerró los ojos y se tomó un instante para relajarse. A los pocos segundos, inesperadamente, oyó una voz familiar cerca de donde se encontraba. Corrió rápidamente hacia la dirección desde donde venía el sonido, y se encontró con el joven Gisli, quien lucía extenuado y enfurecido. Hablaba sólo, lanzando insultos al aire, y sus ojos estaban desencajados.

—¡Idiotas! ¡Aunque digan que tengo el cuerpo de un cerdo soy más hombre que cualquiera de ustedes! —gritó cegado por la ira.

Eros lo miraba sorprendido. La escena le recordó a varias de las prácticas, donde los aprendices más hábiles se burlaban de él. Gisli se enojaba mucho y sus mejillas solían ponerse rojas de la furia, pero jamás había tenido una reacción violenta, aunque siempre parecía que estaba a punto de explotar.

No había nadie allí, acosándolo, sin embargo, Gisli reaccionaba como lo hacía cuando lo hostigaban en los entrenamientos.. El chico prosiguió gritando al aire.

—¿Por qué se fijan en mi sobrepeso? Si soy lento es mi problema, igual puedo defenderme —continuó, discutiendo con enemigos invisibles. Era evidente que algo extraño estaba pasando que estaba enajenando a su compañero, quien estaba a punto de quebrarse.

—Gisli, ¿estás bien? Estás actuando como un loco —lo interrumpió Eros, preocupado.

—¿Que actúo como loco? ¡Lo que faltaba, ahora también estoy loco! —exclamó con la voz entrecortada, echando espuma por la boca. Luego se tomó el rostro con ambas manos y estalló en llanto, con el ánimo destruido.

Eros se lamentó, su intención fue consolarlo, pero, sin querer, había agravado su estado.

Antes de que Eros pudiera acercarse a animarlo una enorme bestia se hizo presente entre la espesura. De manera sigilosa y amenazante, se aproximó por detrás de Gisli, quien había caído al suelo angustiado y sin fuerzas. Eros retrocedió unos pasos, atemorizado. Se trataba de un dragón verde. La criatura se encontraba frente a ellos, parecía de fantasía pero era real, tanto como el temor que lo invadía en ese momento. Eros, con el cuerpo atenazado por el miedo, sólo pudo mirar impotente cómo la bestia se iba acercando.

—¡Gisli, retrocede! —gritó con desesperación, cuando pudo recobrar la voz, pero su compañero, hundido en su pena, no reaccionaba al inminente peligro.

En un segundo, la criatura se abalanzó sobre Gisli y enroscó su cuerpo alargado y tubular alrededor del torso del joven, donde comenzó a ejercer presión con furia. Se oyó crujir las costillas del robusto recluta, quien apenas pudo emitir un gemido ahogado de dolor, que fue ahogado por el brutal ataque. El dragón abrió la mandíbula de par en par y apresó de un solo mordisco su cabeza entera, arrancándola de cuajo. Una vez hecho esto, soltó a su presa, dio un giro repentino y se marchó tan rápidamente como había aparecido, dejando atrás el cuerpo decapitado de Gisli, el cual se desplomó en el suelo dejando un charco de sangre.

Repentinamente, Eros recobró la movilidad de su cuerpo y echó a correr sin rumbo, no pudiendo permanecer un segundo más en ese lugar. Mientras se alejaba, lamentó no haber podido hacer algo para proteger a su compañero. Una vez se alejó lo suficiente, detuvo la carrera, y se tumbó en la hierba, agitado. Permaneció algunos minutos masticando bronca y asimilando lo sucedido.

Se sentía abatido por lo sucedido, pero sabía que debía continuar. Mientras trataba de reponer energías escuchó a lo lejos el relincho de un caballo.

—Agatha— murmuró.

Tomó una gran bocanada de aire que hinchó su pecho e inmediatamente se levantó y comenzó a gritar el nombre de su yegua, llamándola. Aguardó un momento por una nueva señal y, a los pocos segundos, volvió a escucharla. Esta vez pudo identificar su origen, provenía desde lo profundo del bosque, por lo que se dirigió hacia ese punto, sin dudarlo ni considerar peligros. Corrió con todas sus fuerzas y los sentidos en alerta. El relincho se oyó nuevamente, mucho más cercano que las otras veces, pero derivó en un gemido de dolor antes de que concluyera. Eros se detuvo, y un escalofrío recorrió su cuerpo entero. Temía que algo malo estuviera sucediendo con Agatha.

Desesperado, comenzó a mirar en todas direcciones y, finalmente, advirtió el lomo de un gran animal tendido inmóvil en el suelo, sobre una pequeña colina. Su pelaje brillaba como plata a pesar de la escasa luz que penetraba el follaje. Eros se dirigió directo hacia el animal, presa del pánico, y, al llegar, se abalanzó sobre el cuerpo echado: se trataba de Agatha.

La yegua respiraba con dificultad y emitía sonidos débiles y agonizantes. El abdomen mostraba una gran herida abierta, donde la piel y los músculos habían sido desgarrados con violencia. Tenía expuestas las entrañas y un enorme charco de sangre se iba formando a su alrededor. No había forma de salvarla, su fiel amiga estaba a punto de morir.

Eros no podía asimilar lo que estaba pasando, estaba por afrontar una nueva perdida y no sabía si tendría la fortaleza para superarlo. Entendió que aquel momento se trataba del final de su compañera y no quiso perder tiempo intentando impedir algo irreversible, por lo que aprovecho ese último instante para despedirse de ella. Se aproximó al hocico de la yegua y lo acarició suavemente, mientras percibía como sus ojos brillantes y enormes se entregaban de a poco. Sentía cómo una parte de su corazón se estaba yendo con ella y no pudo evitar que las lágrimas le nublaran la vista y le corrieran libremente por el rostro. Se mantuvo a su lado hasta que sintió que el animal dejaba de respirar. Eros gritó con rabia y aferró los restos de Agatha hasta quedar extenuado. Aun sintiéndose débil, liberó su abrazo, cortó un mechón de sus crines como recuerdo, lo enroscó entre la base de su espada y la empuñadura y volvió a enfundar el arma. Con la voz entrecortada, expresó tímidamente

—Fuimos un gran equipo.

Se negaba a dejar el cuerpo de Agatha a merced de las fieras que habitaban en el bosque, por lo que intentó cavar una fosa y darle entierro. Improvisó una pala con un pedazo de tronco, y comenzó a abrir surcos en la tierra pero al cabo de varios minutos estaba agotado y apenas se vislumbraba el pozo. La precaria herramienta había cavado más en sus energías que en la tierra. Abatido física y mentalmente, se dejó caer de rodillas en el suelo. Resignado, sentía que su mayor miedo lo había vuelto a golpear.

Cuando nada parecía ir peor, un dragón negro descendió desde los árboles. La bestia no parecía muy ágil, pero sus dos cabezas erguidas eran intimidantes y aterradoras.

Una de ellas giró su extenso cuello a gran velocidad y se lanzó como un latigazo en dirección al joven, quien reaccionó rápidamente echándose hacia un lado y rodando por el suelo. Los colmillos del dragón impactaron en la tierra. Eros tomó el tronco con el que había intentado excavar y lo arrojó sobre la gran cabeza. El golpe fue certero y la dejó aturdida.

La otra cabeza lanzaba mordiscos al aire y, antes de que preparase una embestida, Eros se echó a la carrera. Descendió la colina velozmente y se internó por donde la maleza se hacía más espesa. El dragón intentó perseguirlo, pero su andar tosco le impedía moverse en espacios poco despejados. Finalmente perdió su rastro y Eros se libró del peligro milagrosamente.

A pesar de los golpes y el dolor por la pérdida de Agatha, Eros había logrado sobrevivir. Pero no podía seguir desafiando a su suerte, sabía que esto recién estaba empezando y debía subir la guardia, de lo contrario se convertiría en una presa fácil. Así que recuperó fuerzas desde lo más profundo y continuó en la búsqueda del búnker abandonado.

Recorrió gran parte del trayecto sin detenerse, quería llegar a la fortificación lo antes posible. Sus energías se incrementaron cuando, a lo lejos, divisó la torre de la construcción. Comenzó a cortar la maleza con mayor intensidad, y se abrio paso por la espesura como un animal salvaje. Cuanto más se acercaba, el terreno se volvía mucho más accesible.

Recorrió el último tramo con furor hasta quedar a unos pasos de la entrada al búnker. Al aproximarse, advirtió la presencia de otro recluta en el lugar. Se trataba de Aron, su mejor compañero de entrenamiento, lo cual lo sorprendió y alivió gratamente.

—¡Aron! Me alegra verte a salvo —le dijo, mientras caminaba hacia él. Se quedó en silencio unos segundos, esperando la respuesta del joven, la cual nunca llegó.

Eros repitió su comentario, pero su compañero no emitió sonido. Se acercó aún más y percibió gran preocupación en el rostro del joven. Sus ojos estaban perdidos con la vista hacía el piso y su posición era erguida como al formar fila en los entrenamientos. No había razón para el formalismo, pero lo más extraño era que no parecía advertir su presencia. De pronto, levantó la cabeza y rompió el silencio.

—¡Señor, hice lo mejor que pude! Por favor, deme una nueva oportunidad —suplicó, mirando al frente, donde no había nadie.

La situación le resultaba familiar a Eros. Recordó el mal momento vivido con Gisli y reconoció en ambos cierta sugestión ante un dominio imaginario. Aún sentía culpa por no haber reaccionado a tiempo en la muerte de Gisli, por lo que no quería volver a pasar por lo mismo.

—¡Aron! ¿A quién le suplicas? No hay nadie ahí —intervino Eros con firmeza en la voz, intentando llegar a él.

—Para ti es fácil porque eres su favorito —le respondió enojado.

Al menos, esta vez había dejado de ignorarlo, pero continuó en su estado de súplica.

—¡Sí, señor Sigurd! ¡No volveré a fallar! —exclamó Aron, y se lanzó al piso , en donde comenzó a realizar flexiones de brazos, como cumpliendo un castigo.

Aron no tenía buenos rendimientos en las prácticas, y eso lo llevaba a caer en represalias continuas, su relación con los maestros no era la mejor, en particular con Sigurd.

Entonces Eros decidió probar algo.

—Sigurd, eres un idiota —dijo con dureza en la voz—. ¿Por qué no te marchas y nos dejas tranquilos? —lanzó Eros, quería probar la reacción de su amigo. Quería intentar el extraño hechizo que había hecho presa de su amigo participando de alguna forma en el mismo. Pero, tal como había sucedido con Gisli, no obtuvo los mejores resultados. Aron se estremeció y se quedó perplejo unos segundos, para luego reaccionar con furia.

—¡Mira lo que has hecho! Ahora por tu culpa los dos estamos fuera de la prueba —exclamó enojado y preocupado. Se tomó la cabeza con ambas manos y se encogió en cuclillas, parecía un chiquillo lamentándose —. ¿Qué dirá mi padre cuando se entere de esto? —murmuró por lo bajo.

Eros se encolerizó con la situación, no le gustaba ver a su amigo en ese estado vulnerable y entregado a la desesperación.

Sabía que algo malo sucedería si no hacía algo pronto. Aron estaba a merced de cualquier peligro y la situación se convertiría en un perverso *deja vu* de la muerte de Gisli. No acababa de terminar de pensar en esto, cuando un dragón gris los sorprendió desde lo alto de la atalaya. Se mostraba impaciente por llegar a ellos y recorría el borde de la torre con ansias.

Antes de que el dragón se echara sobre ellos, Eros abrió la puerta del búnker con prisas.. Aron continuaba estático, en ese estado de obnubilación, pero Eros lo tomó de un brazo y lo arrastró hacia el interior del refugio junto con él.

Antes de que lograra terminar de cerrar la puerta, el dragón saltó desde lo alto y se paró, agazapado, a unos pocos metros de la entrada. Eros lo observó directamente a los ojos y se mantuvieron la mirada por un instante, intensamente. La criatura emitió un gruñido, mostrábdole los dientes, y se abalanzó sobre el ingreso. Eros cerró la puerta con rapidez dejando caer la barreta que bloqueaba el acceso desde adentro. Se escuchó un fuerte golpe del otro lado, pero la puerta resistió perfectamente. La bestia no volvió a insistir y, por primera vez en la tarde, Eros se sintió a salvo.

8

Elena se encontraba en la alcoba real junto a su padre, el rey Gregor, con quien mantenía una fuerte discusión.

—¿Por qué permitiste que la prueba se realizara en el bosque? Eso y una sentencia a muerte son lo mismo —recriminó duramente la princesa.

—Son futuros guerreros, desde el momento en que ponen un pie en la guardia real saben lo que se espera de ellos. Es parte de su trabajo poner el pellejo en riesgo para defender a nuestro reino. ¡Esto no es para cobardes! —exclamó, mientras comenzaba a perder la paciencia.

—Eros es muy valiente y está dispuesto a arriesgar su vida por nuestro pueblo. Pero este desafío es innecesario e injusto.

—Ahora entiendo por qué tanta insistencia. Lo que te preocupa no son los reclutas, sino tu amiguito —señaló el monarca, escupiendo las palabras.

—Es un desperdicio exponerlo inútilmente, él podría ser un gran guerrero, su desempeño ha sido uno de los mejores de los últimos años —argumentó, angustiada—. Además, es una persona muy importante para mí.

—¡Eres una vergüenza! Te atreves a decir que un plebeyo es importante para ti. Eres una princesa, algún día serás reina, ¡tendrías que tener un poco más de respeto por la realeza a la cual representas! —explotó, sus ojos ardiendo de furia.

Elena tan sólo agachó la cabeza y dejó que su padre continuara el discurso.

—Voy a acelerar tu boda, así te sacas esas locuras de la cabeza —dijo con voz gélida tras unos segundos de tensión, para luego añadir con voz desdeñosa—. Aunque es posible que a estas alturas ya se lo haya tragado un dragón, lo cual sería un problema menos—.

Elena prefirió mantenerse silencio. No era la primera vez que discutían sobre el tema, su padre no podía soportar el vínculo que existía entre su ella y Eros. Él insistía en que debía respetar los formalismos de la realeza y aquella situación era una amenaza permanente para el rey.

Finalmente, Elena se retiró de la habitación sin despedirse. Se dirigió a su alcoba personal, escoltada por un guardia bajo las órdenes del rey. Conocía a su hija y sabía que era osada, temía que hiciera algo impropio llevada por el impulso.

Elena se echó sobre la cama y lloró por unos minutos, pero la indignación impidió que siguiera sin hacer nada por más tiempo. Masticó la bronca hasta que no pudo con su genio, y decidió ponerse en marcha.

Se cambió de ropas por unas más sencillas, abrió con cuidado la ventana de su alcoba para evitar hacer ruidos que alertaran a los guardias apostados en la puerta de su recámara, y escapó por los tejados. A pesar de ser una princesa, todos esos años de reuniones secretas habían hecho que ganara ciertas destrezas que escapaban al protocolo.

Disimuladamente, se alejó de las inmediaciones del castillo y enfilo hacía el Bosque Encantado. Necesitaba saber que Eros estaba a salvo. No tenía realmente un plan armado pero, bajo esas circunstancias, consideró que estaba bien si lo descubría en el camino.

8

Eros y Aron se encontraban en la cámara de ingreso al búnker, en penumbras. La escasa iluminación dependía de la luz exterior que se colaba por entre medio de los barrotes de una pequeña ventanilla, ubicaba en lo alto de una pared.

Arrumbados contra un costado, había algunos artefactos rudimentarios para hacer fuego: una antorcha maltrecha, un pedernal y pirita. Eros comenzó a golpear las piedras para provocar chispas mientras Aron, ya repuesto del estado hipnótico en el que se había encontrado hasta momentos antes, acercó la antorcha con intención de encenderla. Los primeros intentos fueron fallidos, los materiales eran viejos y dificultaban la tarea. De todos modos, continuaron trabajando juntos, hasta que Aron rompió el silencio.

—Me salvaste la vida —dijo, con sencillez y agradecimiento en la voz—,, si no fuera por ti me hubiera devorado ese dragón. Esta vez Sigurd se pasó de la raya —añadió molesto, tratando de alguna manera justificar la manera en la que se había comportado cuando estaban afuera.

—¿Sigurd? —preguntó Eros, le resultaba extraño que aún creyera que el maestro guerrero había estado junto a ellos.

—¡Sí, Sigurd! Sé que no me estaba yendo bien en los entrenamientos últimamente, pero ya es demasiado, me tiene de punto. ¿Oíste las cosas horribles que me dijo? —preguntó con indignación.

—Nadie te dijo nada, Sigurd no estaba allí. La voz de tus miedos era la que hablaba, todo fue producto de tu imaginación.

—No puede ser, ¡estaba frente a mí diciendo que expulsaría del grupo y que era lo que siempre había querido! Tuviste que haberlo visto también—replicó, aún convencido de lo que había visto.

—Estoy hablando en serio, yo estaba a tu lado y no había nadie más. Nunca estuvo Sigurd ahí, entiéndelo. El bosque estaba enfrentándote a tus propios miedos, tal como lo anticipó el viejo Harald —insistió Eros, volcando en su voz toda la convicción posible.

—No lo puedo creer… ¿entonces todo lo que sucedió ahí afuera no fue real?

—Casi todo, el dragón sí era real y casi te arranca la cabeza.

—Ya lo sé, gracias por salvarme —repitió Aron, al mismo tiempo que la enésima chispa encendió la brea de la antorcha al fin.

Toda la habitación se iluminó, y ambos pudieron verse las caras con claridad. Eros lucía fatal: tenía los ojos rojos e hinchados, el pelo revuelto y las uñas quebradas y sucias de tierra. Su rostro presentaba el estigma de los contratiempos superados en las últimas horas. Su estado despertó la atención de Aron.

—¿Qué te pasó? Pareciera que volviste de la guerra. ¿Tú también te enfrentaste a tus miedos? —preguntó, intrigado.

—No, los problemas que enfrenté fueron reales —respondió con amargura, e hizo una pausa en la cual las lágrimas amenazaron con vovler a caer al recordar a Agatha—. Perdí a mi yegua —soltó con la voz entrecortada. No necesitaba agregar nada más, Aron sabía cuánto amaba a aquel animal.

—Lamento mucho tu perdida, pero no estaba permitido ingresar al bosque con el caballo ¿por qué lo hiciste?

—No lo hice. Ella escapó de alguna manera e ingresó por propia voluntad. Traté de encontrarla, pero llegué tarde. Tenía miedo de que eso sucediera… —confesó, pero fue interrumpido por Aron.

—¿Dijiste miedo?

—Sí, eso dije.

—El bosque te enfrenta a tus propios miedos, es lo que dijiste, ¿verdad? Si el cruce con Sigurd fue producto de mi imaginación, ¿entonces qué hay de lo que te pasó a ti? —señaló, abriendo un vestigio de duda en Eros.

—No, no puede ser, la vi morir en mis brazos. Si hasta tomé un mechón de sus crines como recuerdo —respondió, mientras quitaba su espada de la funda para mostrárselo.

Inmediatamente, se sorprendió al notar que el trozo de pelo no estaba en la empuñadura, tal como lo había colocado. Aron lo miró confundido, mientras Eros buscaba el mechón ausente en el fondo de la funda, en su armadura e incluso en el suelo. Sabía que no podía haberse perdido, lo había atado de tal forma que era imposible que se soltara. Temía que aquello se tratara de una falsa esperanza, pero todo indicaba que la muerte de Agatha había sido una simulación en su mente para enfrentarlo a uno de sus mayores miedos. Abrió los ojos ante la realización y volvió a hablar, estremecido.

—Tal vez tengas razón y no murió. Espero que los dioses estén de mi lado —exclamó, su rostro radiante con la ilusión.

Ingresaron al salón principal, donde Eros encendió el candelabro de la entrada con la antorcha. La luz se propagó por todo el lugar y, tras muchos de años de oscuridad, cientos de reliquias volvieron a brillar y exhibir sus colores.

El salón estaba montado sobre una amplia habitación de paredes gruesas de rocas de granito. La acústica era perfecta y ningún sonido se atrevía a ingresar o escapar del recinto cuando la puerta se cerraba. Sobre los laterales, colgaban cortinas de terciopelo y amplios murales con pinturas realistas, representando hitos destacados de las batallas en defensa del Reinado del Sur. En el fondo, relucía una enorme bandera con el estandarte sureño y, debajo, una larga tarima sostenía una interesante colección de armaduras, colocadas de tal forma que representaban la evolución de la caballería a lo largo del tiempo.

En el centro se extendía una mesa rectangular en la que se podían reunir más de veinte personas. Esta se encontraba sucia, con manchas de residuos putrefactos, impregnados sobre la superficie, y jarros desparramados. Daba la impresión que aquel sitio había sido abandonado de improvisto. El olor a moho y humedad era intenso.

Eros se acercó a una estantería que exhibía una serie de medallas y condecoraciones otorgadas a grandes guerreros de la época. Entre los galardones se destacaba un medallón de oro y plata que resplandecía por encima del resto. Este pertenecía al último capitán al mando de las tropas de la resistencia, antes de que el hechizo cayera sobre el bosque. El guerrero había sido un gran estratega y sacrificó su vida en la batalla. Su heroísmo había sido muy reconocido en el reino y recordado hasta la fecha. Aquella insignia era una verdadera reliquia olvidada en ese salón y Eros consideró que sería el trofeo perfecto como muestra del cumplimiento de la primera prueba.

Por su parte, Aron se había quedado fascinado con una pintura en piel de gacela que recreaba el enfrentamiento entre un caballero y un dragón gris, la misma bestia que lo había amenazado en la puerta del búnker. Enrolló el cuero y lo amarró en el ristre de la armadura.

Faltaba poco para el ocaso y, según las recomendaciones de los maestros guerreros, no era conveniente permanecer en el bosque durante la noche. Ambos reclutas decidieron emprender el retorno.

Salieron del búnker con precaución y, por fortuna, ya no había rastro del dragón que los había sorprendido al ingreso. Aceleraron la marcha para alejarse de la fortificación lo antes posible. Al internarse en la maleza, se sintieron mucho más seguros y comenzaron a avanzar por la espesura sin detenerse. Con el correr de los minutos, los invadió la adrenalina de estar a punto de cumplir la prueba, tan sólo debían llegar sanos y salvos al punto desde el que habían partido.

A mitad de camino, atravesaron una pequeña laguna, donde el agua les llegó a la altura del pecho, pero no los detuvo. Cruzaron la charca con facilidad pero, una vez que llegaron a la orilla opuesta, Aron se detuvo, palpando su armadura desesperado.

—¡No lo puedo creer, esto es una maldición de los dioses! —gritó con bronca.

—¿Qué pasó? —preguntó Eros, mientras detenía su marcha.

—No tengo la pintura conmigo, creo que se cayó en el agua —explicó, desconcertado.

Dio la vuelta y enfiló hacía la laguna, en donde se zambulló y comenzó a buscar el trasto. Se desplazó hacia el centro de la charca, donde halló el cuero flotando en el agua estancada. Tomó el objeto con desesperanza, y lo levantó por encima de sus hombros, como si exhibiera un trofeo, la sonrisa se dibujaba en su rostro.

Eros observó la escena desde la orilla, y advirtió que la pintura se había corrido completamente. Aquello ya no era una obra de arte, se trataba de un cuero manchado, corriente como cualquier otro. Con pena, tuvo que anunciarle la mala noticia.

—Aron, lo lamento, pero tu pintura no se ve muy bien —expresó con tono apenado.

Aron bajó la pintura y la examinó, no podía creer lo que había sucedido. Dejó caer el cuero nuevamente al agua y se tomó la cabeza con ambas manos. Comenzó a girar sobre su posición lanzando insultos al aire. Eros no pudo evitar apreciar lo tragicómico de la situación y tuvo que ahogar una carcajada para no enfadar aún más a su amigo.

—Volveré a buscar otra pieza, no tengo alternativa. Tú debes continuar, no quiero demorarte —expresó Aron, un poco más tranquilo y resignado.

—Te acompañaré, pero debemos apurarnos, ya está empezando a ocultarse el sol —contestó Eros, a quien no le gustaba la idea de demorarse, pero tampoco quería abandonar a su amigo.

—Perfecto, no perdamos tiempo entonces —exclamó Aron, y se dirigió otra vez hacia el búnker.

Eros se dirigió a la laguna nuevamente y mientras hundía los pies en el barro, escuchó la voz de Aron, como si estuviera discutiendo con alguien. Alarmado, miró hacia el frente y observó a su compañero, de espaldas y aún dentro del agua, intercambiando palabras con alguien que supuestamente se encontraba en la orilla. Trató de identificar al sujeto, pero no había nadie ahí. Eros se aproximó un poco más para poder escuchar lo que su amigo decía.

—¡Discúlpeme, padre! Sé que aún puedo lograrlo, recogeré otro objeto y llegaré a tiempo, no lo defraudaré. ¡Se lo juro! —imploró.

Estaba angustiado, y temblaba como si fuera un niño.

—No me diga eso, por favor, debe confiar en mí —suplicó Aron, perturbado.

—¡No lo escuches! —gritó Eros, inmediatamente, advirtiendo que su amigo había sido atrapado otra vez por otro de sus miedos, tal vez el peor: decepcionar a su padre.

Aron no lo escuchó, continuaba rogando a la figura de su padre, imaginaria y omnipresente. Luego se quebró y comenzó a implorar para que creyera en él. La escena era triste, pero todo empeoró cuando, desde el agua turbia, emergió un dragón azul.

La bestia se asomó por detrás de Aron, frente a la mirada aterrorizada de Eros, quien ya nada podía hacer para salvar a su amigo. El dragón realizó un movimiento certero y fugaz, sorprendiendo al joven por la espalda. La bestia sumergió rápidamente al lago el cuerpo de Aron y nunca más retornó a la superficie.

—¡No, Aron! —gritó Eros, desesperado.

Cayó sentado en la orilla, aturdido, dudando si saltar tras él, pero se dio cuenta de que no había nada que pudiera hacer y que si se quedaba en ese lugar mucho tiempo más él también podría ser presa fácil del hechizo del bosque, por lo que, debió continuar el camino..

Tambaleándose, Eros dejó atrás la laguna cargando a sus espaldas el dolor de haber perdido a un amigo. Retomó el rumbo hacía la salida nuevamente. Durante gran parte del trayecto, la espesura fue un obstáculo permanente hasta que, por fin, llegó al Camino de los Miedos. Aún restaban varios kilómetros para abandonar el bosque, pero todo parecía estarse encaminando con el objetivo ahora mucho más cerca.

Caminaba alerta, atento a cualquier amenaza. Tras varios minutos de marchar en soledad, advirtió a lo lejos, más adelante en la senda senda, la silueta de una persona avanzando hacia él. Llevó la mano a la empuñadura de su espada y esperó, con un nudo en la garganta. Poco a poco, la imagen se fue haciendo más precisa: se trataba de una mujer. Cuando se encontraba a escasos metros, reconoció a esa dama misteriosa: era Elena. No podía entender su presencia en ese lugar y se acercó a ella inmediatamente.

—¡Elena! ¿Qué haces aquí? —preguntó, sorprendido y preocupado.

—Oí rumores acerca de esta prueba, el riesgo al que los expusieron. No me dijiste que era tan peligrosa esta misión.

—Un guerrero tiene que estar preparado para todo —respondió con suficiencia.

—Hay una gran conmoción en el pueblo, las familias de los reclutas están desesperadas —explicó, con urgencia en la voz, y añadió con mayor intensidad—. Estaba muy preocupada por ti.

—¿Por qué ingresaste al bosque? No es lugar para una princesa.

—Lo hice por ti, no podía esperar más. Necesitaba tener noticias tuyas.

Ambos se quedaron en silencio un momento, mientras retomaban el camino de regreso. Eros estaba conmovido con la reacción de la joven. Nada justificaba el riesgo que había asumido, pero aun así lo llenaba de orgullo. Siempre había adorado a esa mujer y, desde hacía un tiempo atrás, sus sentimientos se habían convertido en algo más que cariño amistoso. De todos modos, temía enfrentar al desamor y que una desilusión debilitara su integridad, afectando a su carrera y todo lo que había en juego en su presente.

Pero el gesto de Elena rompía cualquier especulación. Tal vez ahora no veía tan descabellada la idea de imaginar un futuro con ella.

—¿Dónde estás? —Eros vio una mano agitarse ante sus ojos mientras lo voz suave de Elena lo llamaba. Sin darse cuenta, se había quedado sumergido en sus pensamientos.

—Perdona, es que… —balbuceó, dubitativo.

—Tranquilo. No te pongas nervioso —lo tranquilizó ella, entre risas.

—¡Eres increíble! Creo que pasé las peores horas de mi vida, sin embargo, apareciste tú y mejoraste todo. Eres muy importante para mí —añadió, emocionado. Sentía que era un momento especial.

—Gracias, tú también eres importante, por eso estoy aquí —respondió, y se mostró un poco inquieta, parecía estar atesorando algo, que no se animaba a decir. Eros percibió su vacilación y se puso ansioso. Presentía que algo trascendente estaba por ocurrir.

—¿Quieres decirme algo? Sabes que puedes contarme lo que sea —soltó, sin poder resistir más.

—¡Sí! Es importante, quería contártelo antes que nadie —anunció, misteriosa, y agregó al instante—. Mi padre organizará mi boda, ya lo tiene decidido: me casaré con un príncipe antes de que comience el invierno. Me gustaría que estuvieras presente —lanzó la noticia como una flecha envenenada. Un instante atrás había considerado la posibilidad de compartir una vida con ella y, un minuto más tarde, esa idea había quedado sepultada cien metros bajo tierra.

Eros se sintió herido por el anuncio, pero no quería mostrarse vulnerable. Sabía que pertenecían a mundos diferentes y que una relación con Elena no estaba a su alcance, si bien se había permitido soñar brevemente con ello.

Como buen guerrero, su corazón debía ser fuerte. Su rostro se convirtió en piedra y respondió con diplomacia.

—Acepto, seré tu invitado de honor —dijo, forzando una sonrisa. Luego, tratando de mostrarse un poco más espontaneo, continuó— Tú te vas a casar y yo me uniré a la guardia real, parece que estamos cumpliendo nuestros objetivos. Al salir de aquí deberíamos celebrarlo.

—¡Por supuesto! Ahora hay algo más que quiero mostrarte —dijo, volviendo a ponerse enigmática. Eros ya no estaba para más sorpresas, su cara no podía disimularlo.

Elena miró hacia arriba y emitió un sonido exótico, como imitando el canto de un ave. A los pocos segundos, se oyó el crujir de varias ramas y la escasa luz se vio envuelta en una gran sombra. Una ventisca ligera se deslizó entre los árboles, provocando algunos torbellinos que hicieron revolotear las hojas. Una extraña energía se comenzó a sentir en el ambiente.

De un momento a otro, el origen de esa perturbación se dio a conocer: un gran dragón rojo descendió desde las alturas, sobrevoló en círculos alrededor de los jóvenes y finalmente se detuvo frente a ellos. Elena, sin rastro de temor, se acercó a la criatura. Eros intentó detenerla sujetando uno de sus brazos, pero el dragón inmediatamente gruñó y lanzó un humo espeso y ardiente desde la nariz. El joven se quedó petrificado, sin embargo Elena se mostraba relajada. Acarició la mandíbula de la bestia, sin que esta se inquietara.

—Existe un único dragón por humano y yo encontré el mío —explicó, con ternura y adoración en la voz—. Te dije que algún día montaría uno, pero no quisiste creerme. El día en que celebre mi casamiento, llegaré volando con este gran dragón, nadie olvidará eso —concluyó alardeando.

Eros se hallaba incómodo. Elena no sólo había roto su corazón, sino que además lucía extraña: presumía de una vida vinculada a la realeza, algo que a ella nunca le había importado, y, como si fuera poco, hasta había domado el dragón que siempre había soñado. Parecía que tenía todo resuelto y que él ya no era importante para ese futuro que se había labrado. Por otro lado, no podía evitar que su condición de plebeyo lo hiciera sentirse más inferior de lo que nunca antes se había sentido ante aquella princesa.

De un momento a otro, se vio rendido, incluso ponía en duda su continuidad en la guardia real. No podía negar que, en parte, había elegido esa carrera para convertirse en caballero y estar más cerca de ella. Pero, después de todo, consideró que tal vez su destino estaba más ligado a los establos, tal como su padre.

Buscó con la mirada los ojos de Elena, pero ella tenía la atención puesta en la bestia. El espécimen era fabuloso, sin dudas, el dragón más voluminoso e imponente de todos los que había cruzado a lo largo del día. Poseía alas enormes y correosas, con púas filosas que se asomaban en los extremos. Su cuerpo de color morado estaba cubierto por escamas gruesas, y poseía patas musculosas y fuertes. Aquella bestia tenía cabeza de serpiente, con largos cuernos que se extendían desde la base del cráneo, y colmillos prominentes. Sus ojos de color verde, eran redondos y pequeños, con pupilas finas verticales, que transmitían una mirada fría y amenazante.

Esa criatura no era de fiar, y Eros comenzó a sentir algo más que una mera incomodidad. Por más que Elena mostraba tener todo bajo control, percibía que algo andaba mal, y una oleada de inseguridad lo azotó inesperadamente. El extraño temor lo quitó por un momento de su estado de depresión y lo puso alerta, expectante. En ese instante observó al dragón y detectó tal ira en su mirada que el miedo le erizó la piel. Fue ahí que recordó algo que había sucedido pocos días atrás: Elena le había hablado acerca de los dragones rojos y blancos, ambos extraordinarios pero opuestos, uno reflejaba el mal y el otro la evolución, y juntos propiciaban el equilibrio. Ella deseaba volar por las montañas en un dragón blanco, un sueño sublime de libertad y pureza, todo lo contrario, a lo que inspiraría un dragón rojo. En ese bosque hechizado aquella bestia era lo más lejano a lo que ella añoraba. ¿Por qué Elena se vincularía con una criatura maléfica? No tenía sentido, salvo que se tratara nuevamente de una ilusión.

Eros desconfió de lo que sus ojos percibían. Uno de sus mayores miedos era alejarse de Elena a causa de sus diferencias de clases y, en ese maldito lugar, parecía convertirse en el argumento perfecto para debilitarlo y acabar con él.

Retrocedió, y se puso automáticamente en guardia. Elena lo miro desconcertada.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella, dando algunos pasos al frente.

—¡No te acerques! —exclamó Eros, con firmeza y la mente más clara—. Tú no eres real, sólo estás en mi mente.

—Estás muy tenso, ¿es por lo que te dije del casamiento? Podemos hablarlo, siempre hablamos todo —respondió, y sus ojos se pusieron vidriosos.

Eros estaba conmocionado por lo que veía, pero decidió mantener su postura.

—Si fueras real no tendrías un dragón rojo —dijo, y la miró fijo. El rostro de Elena se convirtió en furia.

—¿Tú qué sabes de mí? ¡No conoces todos mis secretos!

—Pero conozco el interior de Elena, es la mujer más pura que conocí. Y si existe un sólo dragón predestinado, jamás sería esa bestia horrible como la que está a tus espaldas —respondió con seguridad.

El dragón, enfurecido, gruñó y lanzó una llamarada hacia arriba, parecía un volcán en erupción. La figura de Elena se mantuvo un instante inmóvil para luego comenzar a desvanecerse. Las sospechas de Eros habían sido acertadas, se trataba de otra siniestra alucinación.

Con las fuerzas renovadas, aguardó un instante hasta que la figura que imitaba a la princesa se diluyó por completo. Pero, tras desaparecer esa imagen, quedó cara a cara con el temible dragón rojo. La bestia estaba rabiosa, y era cuestión de segundos para que iniciara un ataque. Eros desenfundó su espada y, en una maniobra desesperada, se la arrojó directo a la cabeza. Eros podría haber saltado de alegría cuando vio que el filo se enterró en uno de sus ojos. La criatura se sacudió violentamente y el arma salió disparada hacia un costado. La sangre fluía con copiosamente e iba dejando un camino grotesco por la mandíbula del animal.

El dragón estaba aturdido, y Eros aprovechó la oportunidad y echó a correr para alejarse del peligro. Avanzó por el Camino de los Miedos a toda velocidad lo que le pareció una eternidad. El cansancio estaba comenzando a hacer presa de él cuando, a lo lejos, logró divisar la salida del bosque, y un torrente de energía recorrió sus venas. Continuó corriendo con todas sus fuerzas, sin importarle el cansancio ni las heridas. Lo movía la esperanza de que, con cada metro que avanzaba, estaba más cerca de salir de ese endemoniado lugar y completar su primera prueba.

Parecía que la pesadilla había concluido, cuando sintió un fuerte zumbido a sus espaldas. Volteo la cabeza y vio al dragón rojo volando directamente hacia su posición, las enormes alas provocando un sonido aterrador. Y él, en el medio del sendero, estaba más expuesto que nunca.

A penas restaban metros para llegar al final del camino, cuando la bestia lanzó una fuerte bocanada de fuego. Las llamas apenas rozaron su armadura, pero sintió como el calor del acero le sofocaba el cuerpo, pero no se detuvo. Sabía que si lo hacía, moriría sin dudas, por lo que corrió sin tregua hasta que, por fin, logró atravesar el punto que delimitaba el bosque, en donde trastabilló y cayó rodando en el terreno llano, haciendo un gran estruendo.

Levantó su cabeza y observó al sendero: ardía en llamas y algunos árboles habían caído producto del incendio. Entre medio de la humareda, apareció el dragón rojo, pero se detuvo en el límite, a tan solo metros del joven. Torció la cabeza y lo observó con su perfil sano. Durante unos segundos, cruzaron una mirada intensa y desafiante. Luego la bestia dio media vuelta y voló hacia el interior del bosque.

Eros dejó caer los hombros, extenuado pero orgulloso de haber cumplido la primera prueba. Se levantó con dificultad y miró hacia el campamento. No había nadie presente, la noche estaba al caer, y, por lo visto, habían dado por muertos a todos los reclutas. Continuó caminando hacia el sur, y al pasar por la torre de vigía, oyó la voz de una mujer que lo llamaba.

—¡Eros, lo lograste! —exclamó Elena, apareciendo por detrás de la torre montando a Agatha.

Eros se detuvo, y se quedó atónito contemplando a su amiga y a la yegua aproximándose hacia su posición. No pudo pronunciar palabra, por un instante bajo la guardia y comenzó a llorar, su rostro se empañó de lágrimas que sabían a desahogo, amor, valentía y pérdida, entre otras cosas.